

rador Maximiliano, y que algo se reflejaba en Carlos de España solo por ser su nieto. La mano de la infanta Catalina, prometida ya al brandeburgués, fué ofrecida á Juan Federico, sobrino del elector de Sajonia; pero el elector solo consintió en que se tratara de esta alianza á condicion de que no se obligara á salir de su indiferencia y neutralidad. En todo el resto de la nacion ni siquiera se pensó en que pudiese ocurrir á este ni á otro elector la idea de presentarse candidato á la corona imperial. Solo el Papa, al ver el mal aspecto que tomaba la candidatura de Francisco I, mandó á su embajador Miltitz á última hora, el 15 de junio, que hablara al elector de Sajonia para que éste presentara su candidatura; y el rey de Francia, viendo tambien su eleccion perdida, encargó todavía en 26 de junio á sus embajadores que trabajaran en favor del elector de Sajonia ó del de Brandeburgo, solo para que no saliese elegido el rey de España; pero ya el 24 del mismo mes el papa Leon X habia declarado por sus embajadores á todos los príncipes electores que consideraba á Carlos de España como el mejor hijo y defensor de la Santa Sede y que por lo mismo habia desechado sus temores respecto de la proximidad de la frontera de Nápoles.

La representacion del rey de Bohemia, Luis de Hungría, en el colegio de electores, representacion que tenia como tutor el rey de Polonia, pasó al embajador del reino de Bohemia en el parlamento imperial, y el 28 de junio los príncipes electorales reunidos en la iglesia de San Bartolomé eligieron unánimemente rey de Romanos al rey Carlos de España. Al día siguiente los pequeños soberanos de Luneburgo é Hildesheim, partidarios del rey de Francia, con el auxilio de la caballería del duque Carlos de Gueldres derrotaron cerca de Soltau á sus parientes los duques de Brunswick, partidarios de Carlos de España. El motivo de esta pequeña guerra, una de las innumerables que asolaron desde siglos la Alemania, no fué la defensa de ninguno de los pretendientes, sino un motivo local.

La eleccion de Carlos excitó gran entusiasmo en toda la Alemania como si constituyese una obra patriótica nacional; pero los electores viendo únicamente su conveniencia propia redactaron con gran cuidado la capitulacion que el nuevo rey de Alemania habia de jurar antes de ser proclamado. En esta capitulacion hubo de prometer Carlos no hacer alianzas con potentados extranjeros, ni promulgar leyes, ni convocar parlamentos, ni decretar impuestos sin la aprobacion de los príncipes electores; ni impedir las asambleas de estos, ni atropellar á ningun miembro territorial y directo del imperio ni permitir que otro los atropellara, y no declarar á ninguno fuera de la ley sin haberle oido antes con la formalidad debida. Se estipuló tambien que los parlamentos celebrarian sus sesiones solo en territorio alemán; que los altos cargos y dignidades del imperio serian confiados exclusivamente á alemanes, que no se introduciría en Alemania tropa extranjera y no se usaria en las relaciones oficiales mas lengua que la alemana ó la latina. Coronó esta obra constitutiva hecha entre los príncipes electores el restablecimiento del consejo permanente del imperio, caido en desuso desde el año 1501.

Tambien se obligó el nuevo rey á disolver las grandes asociaciones mercantiles que se habian formado en algunas ciudades, en cuyo gobierno preponderaban en virtud de su riqueza, lo que excitaba la envidia de los príncipes, si bien aquellos comerciantes habian adelantado el dinero que habia costado la lucha electoral. Por esto uno de aquellos comerciantes, el mas poderoso, Jacobo Fugger, escribió á Carlos en 1523: «Es cosa sabida é innegable que V. M. I. no habria podido lograr la corona imperial sin mí, conforme puedo probarlo con los escritos de todos los comisionados de V. M.»

Esta eleccion demuestra la existencia tanto de un idealismo novelesco como de una terrible falta de moralidad política en la nacion alemana, porque en aquel resultado de tres años de lucha, que parecia tener que hacer de la Alemania un accesorio de la monarquía universal española, habian tenido tanta parte las preocupaciones nacionales del pueblo alemán como el oro de los Habsburgos y del rey de Francia y alguna demostracion belicosa en el momento oportuno.

La lucha entre España y Francia no hacia entonces mas que principiar, y al jóven rey Carlos debia esperar todavía otro adversario cuyo nombre, apenas mencionado entonces en las altas regiones políticas, estaba destinado á ser pocos años despues el grito de guerra de toda la cristiandad (1).

CAPITULO II

EL RENACIMIENTO Y EL HUMANISMO

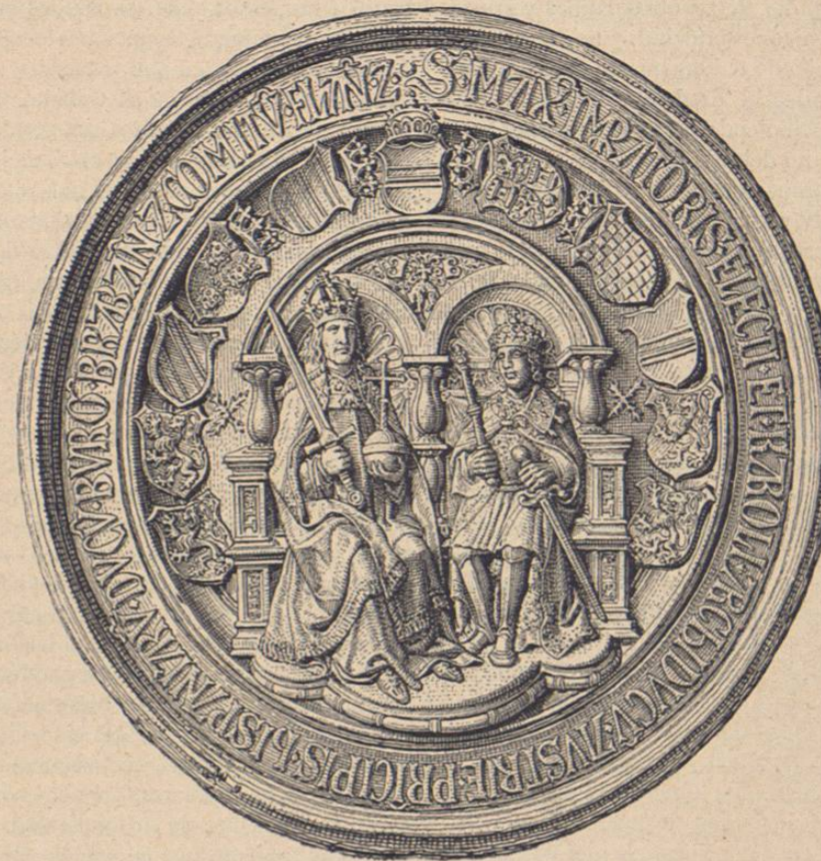
La fermentacion religiosa que en el último período de la Edad media se habia apoderado de Alemania estaba al parecer amenazada al principiar el siglo XVI de ser absorbida ó cuando menos dominada por una revolucion de la vida intelectual que afectaba en mayor ó menor grado, rapidez y energía á todos los pueblos europeos. La nueva civilizacion italiana avanzó lenta pero irresistiblemente hácia el Norte de los Alpes. Esta civilizacion, nacida en Italia, que desde el siglo XIII se habia colocado al frente del progreso intelectual, cuya jefatura habia ejercido hasta entonces la Francia, ha recibido el nombre de Renacimiento; aunque no fué ningun renacimiento de la antigüedad clásica como lo habrian deseado sus adeptos mas ardientes, sino solo la transicion de la sociedad á un estado intelectual, social y político enteramente nuevo. Con la transformacion de la cristiandad en un número de Estados políticos modernos, parecia transformarse el cristianismo en un estado intelectual que cifraba su religion no tanto en la fe en la divinidad, como en la fe en la humanidad. A pesar de no haber Petrarca, el padre del humanismo, y con él la gran mayoría de sus sucesores, querido ni remotamente romper con la Iglesia, ni mucho menos con el cristianismo, y á pesar de haber puesto al servicio de éste y de aquella sus mejores fuerzas los héroes de las artes del Renacimiento, aquella moderna civilizacion en su verdadero fondo no tenia afinidad con la esencia del cristianismo, ni nada que ver con los ideales de la Iglesia de la Edad media. La tendencia de la nueva civilizacion á buscar ideales nuevos era la mejor prueba de que los ideales viejos no la satisfacian. Lo natural y lo humano excitaba á la sazón el interés que antes habia inspirado lo sobrenatural y sobrehumano; y la necesidad de apoyarse en alguna autoridad se encontró satisfecha con los restos literarios y artísticos de la antigüedad clásica. Rindiendo culto á la belleza de la forma, que parece haber llegado á su último término en las obras maestras literarias, arquitectónicas y plásticas, aquellos misioneros de la nueva civilizacion acabaron por creer que los antiguos habian creado tipos modelos para todas las manifestaciones de la existencia y para todos los tiempos; que siglos de barbarie habian cegado aquel manantial inagotable de todo lo grande y bello, y que habiendo sido restablecido este manantial, la barbarie debia lavarse en él sus impurezas y la humanidad rejuvenecerse. No es este el lugar de exponer cómo los humanistas, artistas, filósofos y estadistas italianos desde el siglo XIV hasta el XVI prepararon una transformacion del modo de vivir y pensar para toda la Europa, y cómo creyen-

(1) Lutero, á quien parece aludir aquí el autor, no fué el grito de guerra de toda la cristiandad. (N. del T.)

do seguir en las huellas de la antigüedad greco-romana, llegaron á aproximarse algo á esta civilizacion bajo la influencia de factores muy diferentes. Aquí solo tenemos que ver con el humanismo italiano, bajo cuya forma recibió el resto de Europa el Renacimiento.

No puede decirse que los humanistas, los primeros representantes de la literatura libre, hubiesen presentado la nueva civilizacion bajo una forma digna y satisfactoria, porque fuera de algunos genios creadores, científicos y laboriosos, la gran

masa se componia de medianías y de disputadores que buscaban sus triunfos en pugilatos literarios. La ruptura de las ligaduras sociales antiguas no daba todavía á los nuevos libertos una existencia decente y asegurada, y los humanistas con todo su engrimiento de clásicos modernos, tenian que mendigar los favores de los grandes. Las innumerables contiendas literarias en que hasta humanistas de primera fila se cubrian mutuamente de lodo, revelaban mucho mas que el cinismo de que rebosan sus poesías, la desmoralizacion mas



Sello de Maximiliano I, emperador, y Carlos, rey de España (segun un clisé de yeso que se conserva en el Archivo Oficial de Berlin)

Sentados en un trono están el emperador Maximiliano I, en traje de coronacion, y su nieto el rey Carlos, armado. Entre los dos arcos, la insignia del toison de oro. En los montantes laterales del trono se repite cuatro veces el lema ó divisa de Maximiliano: *Halt maes* (nada de excesos). Encima y en medio del arco principal está el escudo ducal del Austria. Siguen á éste, en el lado derecho, los escudos de Hungría y Croacia con las coronas reales, luego los de Borgoña, Brabante y Luxemburgo; y en el lado izquierdo los escudos de Castilla y Leon y el de Dalmacia con sus coronas reales, y despues los escudos de Austria, Limburgo y Gueldres. La inscripcion circular dice:

S (igillum) . MAX (imiliani) . IMP (er) ATORIS . ELECTI . ET . KAROLI . ARCHIDVCV (m) . AVSTRIE . PRI (n) CIPIS . HISPANIARV (m) . DVCV (m) . BVRG (undie) . BRABAN (tie) . Z (et) . COMITV (m) . FLAN (drie) . Z (etc).

completa. A pesar de esto y de los conocimientos muy superficiales que muestran estos humanistas italianos, sin exceptuar los malos, fueron los misioneros de una nueva civilizacion que sin su entusiasmo, su actividad y su ruidosa petulantia habria quedado reducida por larguísimo tiempo á muy pocos centros. Sin los obreros inferiores del Renacimiento que supieron atraerse multitudes de adeptos con solo su latin elegante y sus poesías líricas y amorosas imitadas de las antiguas, los corifeos del Renacimiento que dieron brillo á la corte de Lorenzo de Médicis no habrian conquistado al mundo con la asombrosa rapidez con que lo hicieron. Los adeptos que Eneas Silvio, cuando estuvo empleado en la cancelleria del emperador Federico III, atrajo á la civilizacion italiana en Alemania, los que ganó el harapos poeta del Palatinado Pedro Luder en Heidelberg y hasta en Leipzig, y los que tuvo entre los magnates y grandes señores de Suabia Nicolás de Wyle con sus traducciones de obras antiguas y de los humanistas, se dejaron seducir los unos por la elegan-

cia de la expresion latina y los otros por los asuntos divertidos de las obras literarias.

El humanismo alemán empezó á manifestarse entre 1440 y 1480; y merece llamar la atencion que desde las primeras tentativas se observa la tendencia á ponerlo al alcance de las masas, rasgo de cierta independencia nacional que bajo muchos puntos de vista originó una diferencia notable entre los productos de los maestros italianos y los de sus discípulos alemanes. Fuera de la propaganda de Eneas Silvio, propaganda enteramente casual, por estar Silvio al servicio del emperador, poquísimo esfuerzos hicieron los italianos para dar á conocer sus tesoros intelectuales á los «bárbaros» tudescos. El mismo Eneas Silvio no encontró á los alemanes á la altura necesaria para poder comprender y adoptar la civilizacion moderna con su literatura basada sobre la antigua clásica, y se queja muy particularmente en este concepto de la indiferencia de las clases elevadas. A este obstáculo se agregaban la existencia de una literatura popular y la ense-